

SAN JOSE, COSTA RICA

25 Octubre de 1912

Año II



Núm. 44

# RENOVACIÓN

PUBLICACION QUINCENAL

Sociología - Arte - Ciencia

R. FALCÓ, Editor

Administración: 7ª Av. Este, 247

APARTADO 638

San José de Costa Rica

CONDICIONES:

Costa Rica (trimestre) ₡ 1.00

Extranjero (semestre) \$ 1.00 oro am.

ABONO ANTICIPADO

## SUMARIO

El tiempo .....	<i>Anselmo Lorenzo</i>
Historia de las ideas morales.-IX. El estoicismo y la civilización greco-romana.	<i>Paúl Gilie</i>
La Iglesia y la Masonería...	<i>Francis Delaisi</i>
Aspecto médico-social de las infecciones sexuales en el matrimonio .....	<i>Dr. J. Aguadé Miró</i>
De cara a la tempestad ....	<i>Rubén Coto</i>

**20 cénts.**

SAN JOSE, COSTA RICA  
Imprenta Alsina

# VIDA ANARQUISTA

por ANSELMO LORENZO

Hemos recibido esta importante obra, la última debida a la pluma incansable de nuestro compañero Lorenzo. Como su título lo indica, está destinada a la propaganda acratista, y en ella podrán beber importantes conocimientos los simpatizadores con los movimientos sociológicos contemporáneos.

Podemos servirla a quien la solicite, al precio de **50 céntimos** en la ciudad, y **60** en provincias.

**Dirección:** 7ª Avenida, Este, 247 — **PETIT PARIS**

## Acusando recibo

*Almanaque ilustrado Hispano-Americano para 1913.*—Uno de los libros más amenos y económicos de los que publica la Casa editorial Maucci, de Barcelona, es el popular Almanaque cuyo título encabeza estas líneas.

Forman tan importante volumen 316 páginas de escogida y nutrida lectura con 248 grabados, en cuyo conjunto han contribuido reputadas firmas de hispano-américa.

Asuntos de palpitante actualidad, como la historia del Canal de Panamá, próximo a terminarse; el descubrimiento del Polo Sur; el mal de los aviadores, etc., alternan con infinidad de cuentos, artículos, poesías, anécdotas, historietas cómicas, chistes, cantares, notas científicas y de arte que hacen de este libro una verdadera enciclopedia por demás interesante.

Merecen también especial mención los estudios que en este libro se dedican a la actual expansión del castellano en el mundo, y a cuanto puede

contribuir a la unión Ibero-Americana.

La bella cubierta alegórica al cromo de este Almanaque, pintada por Miguel Navarrete, constituye un atractivo más por su originalidad y cuidada ejecución.

*El Hijo del Corsario Rojo*, por Emilio Salgari.—La Casa Editorial Maucci, de Barcelona, prosiguiendo en su tarea de publicar por tomos las Obras Escogidas de Salgari, acaba de poner a la venta la novela cuyo título encabeza esta somera bibliografía.

Nada cede *El Hijo del Corsario Rojo* en punto a amenidad e interés a las anteriores obras que hemos leído del mismo popular autor.

Forma este libro un hermoso volumen en 4º, de 384 páginas con 20 láminas de página entera, originales del célebre artista A. Della Valle, láminas que por sí solas constituyen un poderoso atractivo para la obra.

Ad.

San José, Costa Rica

— 25 de Octubre de 1912 —

# RENOVACIÓN

SOCIOLOGÍA - ARTE - CIENCIA

Año II

Ricardo Falcó Mayor, Editor

Núm. 44

## El Tiempo

El tiempo es un tesoro generalmente perdido en el atavismo, la inconsciencia y la rutina y, como natural consecuencia, en el error, el mal y el sufrimiento.

La verdad, la belleza y su consecuencia el bien se van concibiendo, conociendo y generalizando por individuos excepcionales que, por un extraordinario funcionamiento de su inteligencia y de su sentimiento, entre los millones que componen cada generación y desperdician el tiempo, lo aprovechan debidamente, y cuyas concepciones se agrupan, se metodizan y se aplican después formando ese conjunto que se divide entre la ciencia y el arte.

Por efecto de la inconsciencia y de la ignorancia, que la sociedad humana refleja en lo que de incongruente, injusto y malo se halla todavía en su constitución, existen las dos clases primordiales de privilegiados y desheredados, y, como resultado del lento pero seguro avance de la ciencia y del arte a través del tiempo, se va formando una consciencia y una fuerza reorganizadora que tiende a ordenar la agrupación de los hombres de una manera racional, útil y equitativa.

A la clase de los desheredados han pertenecido siempre los trabajadores, y a ella pertenecerán mientras existan privilegios y privilegiados, hasta que llegue el tiempo en que por su propio esfuerzo individual y volitivo, traducido en acción libertadora y libertaria, es decir, en fuerza destructiva y cons-

tructiva, rompan sus cadenas y establezcan la libertad sobre la firmísima base de la igualdad social.

Desde el punto de vista de nuestras reivindicaciones, el tiempo interesa muy particularmente a los trabajadores.

Con un pasado vil, como supuesto castigo impuesto por imaginaria divinidad a los humildes para justificar inicuos privilegios disfrutados por los soberbios, y un presente penosísimo, como legado de pasados errores y de infames malicias, en lo futuro, en la vida que tenemos delante hemos de hallar reparación, anticipándonos racional y científicamente a su preparación, y mucho tendremos adelantado si sabemos y podemos acomodar nuestro modo de vivir a las condiciones de nuestro ser y a las del conjunto que nos rodea.

No lamentos inútiles, no odios vengativos, no declamaciones demagógicas, sino conocimientos positivos y soluciones meditadas y prácticas, sostenidas con constancia y ejecutadas con prudencia, han de constituir la norma de nuestra acción colectiva y solidaria; porque el lamento, expresión sencilla y primitiva del dolor, si en las relaciones individuales puede inspirar lástima y obtener ayuda compasiva, no ejerce acción social justiciera ni reparadora; el odio, pasión deprimente y desniveladora del juicio, envuelve castigo y nueva culpa, con lo que se prolonga el mal inútilmente lamentado; la demagogia, mezcla inco-

herente de quejas y esperanzas, de ilusiones irrealizables y de energías estériles, se desvanece ante la realidad como la aspiración del ignorante en el choque con el imposible: el conocimiento, el plan estudiado, la voluntad bien documentada es lo que guía sin vacilación a la actividad, lo que da valor consciente y fijeza indestructible a los frutos de la acción.

A adquirir ese conocimiento, a despojarse de tradicionales rutinas, a abrir vías progresivas han de dirigirse nuestros esfuerzos, en cuanto lo permita la lucha emprendida contra la usurpación socializada; y objeto tanpreciado y tan necesario se logra con el dominio intelectual de cada uno por sí mismo y con la cooperación de cuantos, intelectualmente emancipados, aspiren a sustraerse a toda dominación, a librarse de toda tiranía y a contribuir con el más elevado sentimiento altruista al beneficio de la comunidad social para retirar en debida recompensa la utilidad individual necesaria.

La filosofía proletaria, eminentemente positivista, tiene por principio, por ideal y por criterio, la igualdad social, y en eso supera a la generalidad de los sistemas filosóficos originados en el pensamiento de los privilegiados, esencialmente refractarios al concepto puramente igualitario.

Para el obrero libertario todos los hombres somos igualmente impotentes individualmente ante la necesidad que nos asedia; cada uno, para vivir, necesitamos del concurso de todos los que vivieron y de los que viven, y esta igualdad tan generalizada, de la que nadie puede exceptuarse, requiere como regla equitativa, como esencialidad justiciera la reciprocidad entre todos del cumplimiento del deber.

En la pluma con que en el papel trazo estas letras y en el conocimiento que me impulsa a escribir, a poco que profundice el examen, se me representa la historia del pensamiento y del trabajo de la humanidad entera: un encadenamiento ininterrumpido de necesidades, de deseos, de experimentos, de pruebas y de realizaciones han sido

precisos para construir los objetos que uso en este instante y que, teniendo un valor material insignificante, no hay hombre capaz de construirlos por sí mismo, porque son obra del proceso humano que descubre los materiales e inventa los instrumentos indispensables para su construcción.

Un hombre es la representación de todo hombre; un derecho es la representación, la esencia, la base del derecho universal, y por legítima consecuencia toda individualidad en el goce de la satisfacción de sus necesidades morales y materiales tiene como deuda que pagar su parte alícuota de deber para integrar ese conjunto armónico que garantiza la vida íntegra e intensa de cada uno y de todos contribuyendo a la formación de esa entidad que sólo por la solidaridad que liga a todos sus miembros merece denominarse con un nombre común llamándose Humanidad.

En la vía ascendente hacia la realización del ideal nos hallamos ante un obstáculo que impide todo progreso, y, lo que es peor, que aumenta su poder obstructivo con cada invento, con cada nueva manifestación de la inteligencia. Ese obstáculo es la usurpación propietaria, que con su consiguiente antagonismo de intereses divide la humanidad en pobres y ricos.

Laméntanse generalmente los efectos de tal división desde los puntos de vista señalados por la moral de las religiones, de las escuelas filosóficas, de las sectas y de los partidos; pero la causa, aparte de algunos pensadores aislados escasamente distribuidos por los siglos y por las naciones, sin otra eficacia práctica social que la consistente en determinar inteligencias individuales, sólo el proletariado internacional de nuestros días la reconoce y se propone extirparla.

Verdad es que la educación y la instrucción son necesarias para alcanzar el goce de los derechos; verdad parece que el voto del ciudadano consciente es garantía de la buena gestión de la cosa pública; pero si el propietario de la tierra es dueño de su super-

ficie, de lo que está debajo de ella, de lo que produce naturalmente y de lo que se le hace producir por el trabajo, como establece la ley desde tiempos remotos, los propietarios son dueños del mundo, detentadores de las riquezas naturales y sociales y usurpadores del tesoro de ciencia, de producción y de medios de producir acumulados por la naturaleza y por los hombres; en tanto que los no propietarios fueron esclavos y siervos y actualmente son jornaleros, a quienes, para reducirlos a la ignorancia, a la miseria y a la impersonalidad de la masa, se despojó en tiempos pasados, se despoja en el presente y se despojará en el porvenir hasta el triunfo de la revolución social, con formas legales en nombre de la justicia, de la grandiosa capacidad humana, que se extiende desde el conocimiento de los infinitamente pequeños al de los infinitamente grandes que pueblan el espacio, cuyas leyes y relaciones va fijando cada día con admirable precisión.

A hombres reducidos a tal rebajamiento no pueden exigírseles las decisiones volitivas propias del equilibrio de la sabiduría con la salud ni privárseles de los derechos naturales y sociales que les corresponden, y cuantos filántropos privilegiados nos hablan de la instrucción y del derecho democrático como quien da el óbolo de la limosna, son viles usurpadores y despreciables arbitristas que sancionan y justifican la iniquidad más grande que pueda pesar sobre la responsabilidad de los malos.

Véase como la humanidad, por haberse empantanado en la propiedad o, por mejor decir, en la usurpación, ha perdido el tiempo.

Diríase que la propiedad ha detenido el curso del movimiento de la humanidad hacia su perfeccionamiento y

justificación, pretendiendo convertir lo transitorio de un período histórico en forma social definitiva y permanente.

A desvanecer tal ficción, a recobrar el tiempo perdido se dispone hoy el proletariado afirmando su voluntad consciente y firme de alcanzar su participación en el patrimonio universal, persuadido de que en la evolución progresiva de la humanidad la burguesía gobernante, propietaria y capitalista, triunfante del antiguo privilegio, es ya un elemento pernicioso y perturbador.

Nada menos que tal reivindicación representó ayer La Internacional y representa hoy el Sindicalismo, fuerza más o menos francamente ácrata pero orientada hacia la igualdad por la fuerza misma de la solidaridad intra y extra-fronteriza entre todos los asalariados accesionistas que aspiran a dejar de serlo para comenzar a ser hombres libres.

Sí; aprovechemos el tiempo, concepto en que el presente es un punto fugaz imperceptible entre las eternidades pasada y futura, y neguemos todo crédito al error, al convencionalismo y al oportunismo reformista, rémoras malditas, exigencias nimias de un criminal privilegio que, como Bertoldo, nunca hallará árbol a su gusto para su castigo, y entremos todos los internacionales, todos los sindicatos, todos los trabajadores quiero decir, en la vía directa que señala el criterio igualitario como la única conducente a la realización del ideal, consistente en la participación de todos, sin limitación ni privilegio, en el patrimonio universal, o sea al aprovechamiento del tiempo para la vida en la paz y en la felicidad.

ANSELMO LORENZO



En el próximo número comenzaremos la publicación de *La Doctrina Racional del Siglo XX*, trabajo interesantísimo que ha dedicado a nuestros lectores Arístides PRATELLE. Agradecemos hondamente tan honrosa colaboración.

# Historia de las ideas morales

## IX

### El estoicismo y la civilización greco-romana

En el movimiento humanitario griego han de distinguirse dos épocas: la filosófica antes de Alejandro y la filosófica después de Alejandro, la filosofía política y completamente griega y la filosofía cosmopolita y enteramente humana.

Aparte de ciertos principios muy generales que exceden evitentemente el círculo de la filosofía política, ¿qué hicieron Sócrates, Platón y Aristóteles, sino expresar el ideal del Estado y del ciudadano?

Los legisladores y los llamados los siete sabios hicieron nobles esfuerzos, no solamente para establecer el reinado de la justicia y la igualdad en el Estado, sino también para desarrollar en él todos los gérmenes de esa sociabilidad o de esa filantropía natural que no permite al hombre ser indiferente y extraño al hombre. La filosofía no tuvo más que marchar en esta vía abierta por el genio de las poblaciones helénicas.

Pudo equivocarse con frecuencia sobre los medios de estrechar entre los miembros del Estado los lazos de la solidaridad social y de la fraternidad; pero la idea que se formó de las relaciones mutuas de los ciudadanos es tan verdadera y sólida, que ha podido extenderse, pero no cambiarla.

A partir de aquel momento, la perfección de una sociedad fité a los ojos de los pensadores lo que es aún para nosotros. *Una sociedad verdadera es una comunidad de iguales y de hermanos*, según la inmortal definición de Aristóteles, y esta comunidad sería perfecta si todos tuvieran un mismo corazón y un alma, de modo que se fuese tan sensible a los bienes y a los males ajenos como a los personales. Estos principios continúan encerrados en el recinto de la ciudad, y en eso consiste el defecto de la filosofía anterior al estoicismo. Sin embargo, pre-

ciso es reconocer en ella todos los rasgos esenciales del verdadero derecho y de la verdadera humanidad.

No obstante, mientras esas relaciones de justicia, de igualdad, de libertad y de unión no existan entre los pueblos, como entre los ciudadanos de un mismo Estado, no habremos llegado más que a una semicivilización, a una semihumanidad. Aristóteles y Platón, admitiendo que la sociedad está hecha para la paz y no para la guerra ni la conquista, estaban en la vía del derecho internacional, del derecho humano; pero se detuvieron a la mitad del camino: Platón, no se sabe por qué razón; Aristóteles, porque se había obstinado hasta lo absurdo en la idea de la superioridad natural de los griegos sobre los bárbaros. Ello es que ambos se estancaron en el concepto de la patria griega y de la solidaridad exclusiva de las ciudades helénicas.

La lógica de la conciencia quedaba detenida y falseada, en los más grandes genios, por consideraciones políticas o por preocupaciones nacionales, y hasta en los mismos filósofos hallamos la desconfianza y aun el desprecio y el odio de los extranjeros. Verdad es que Platón no llega hasta prohibirles la entrada en su República; les exime de las humillaciones de que eran objeto en las ciudades griegas, aun las más liberales, pero les priva de permanecer en la ciudad pasado un término señalado, con la vana esperanza de conservar una perfección y una pureza quiméricas, y su genio tan penetrante no vió que ese ridículo orgullo de la autoctonía no era menos perjudicial a los Estados griegos, que parecían por falta de hombres, como contrario a la naturaleza y a la justicia humanas. Por último, Platón, que reconocía todos los inconvenien-

tes y la iniquidad de la esclavitud, no osó, sin embargo, atacarla, por prudencia política, mientras que Aristóteles se empeña en justificarla en nombre mismo del derecho natural.

Y no obstante, era preciso acordarse alguna vez de la unidad del género humano o del parentesco que nos liga naturalmente unos a otros. «Una misma tierra—dice Eurípides—nos sustenta igualmente a todos, y nadie tiene privilegio: Nobles o no nobles, somos una misma raza; el tiempo y la ley han producido el orgullo de la nobleza.» «Hombres y dioses—dice Píndaro—, el origen es el mismo. Una madre común nos anima a todos con el soplo de vida.» Aristófanes sabía que no hay más diferencia entre un amo y su esclavo sino en que uno es bastante rico para comprar al otro; y sin duda la emoción del espectador del teatro griego proclamaba, de acuerdo con los sofistas, que la esclavitud está fundada, no sobre la Naturaleza, sino sobre la violencia, cuando Eurípides les ponía ante sus ojos Hécula, Andrómaca o alguna otra princesa destronada que exclamaba: «¡Yo era vuestra reina poco antes, y ahora soy vuestra compañera de servidumbre y de miseria!»

Las preocupaciones cívicas y nacionales, que ofuscaban las luces de la conciencia natural, se desvanecieron por efecto del tiempo, de la lógica y de los acontecimientos, y no hallamos traza de ellas en el cinismo de Arístipo o de Antístenes, ni en el egoísmo de Epicuro y de Pirro en el momento en que Alejandro conciliaba la Hélade y la Persia, los griegos y los bárbaros.

Nada se oponía ya al concepto de la patria universal de la humanidad, y esta grande y fecunda concepción es la obra magistral del estoicismo.

He ahí lo que los estoicos y sus enemigos parecen haber comprendido mejor que los modernos historiadores de la filosofía. Los estoicos se jactaban principalmente de ser «los fundadores

de los derechos del género humano», y sus adversarios, a juzgar por los escritos de Cicerón, les despojaban sobre todo del sentimiento y de la idea del cosmopolitismo, desconocida para Platón y Aristóteles.

La unidad del género humano, un mismo derecho y una misma ley para todos los seres razonables, la igualdad, la filantropía, la comunidad o la solidaridad universal: tales son las grandes novedades de la filosofía contemporánea de Alejandro.

Y no es que estas sean ideas mal determinadas o lanzadas al paso: son principios fijos, invariables, rigurosamente encadenados unos a otros, que forman uno de los más vastos sistemas contruidos por el pensamiento. El estoicismo no sabe si físicamente hay una sola raza de hombres o si hay varias, si los bárbaros y los negros tienen el mismo origen ancestral que los griegos, pero sabe que todo hombre es un ser racional y libre; que no procede originaria y esencialmente más que de una sola ley, la verdad o la razón universal; que la unidad del derecho hace la unidad de la ciudad, y que, por consiguiente, todos tenemos, respecto unos de otros, los mismos deberes y los mismos derechos que un ciudadano respecto de otro ciudadano.

Así se había engrandecido, hasta convertirse en la humanidad misma, la pequeña ciudad democrática de los jonios, aquella unidad orgánica y viviente, cuyo principio y alma era la igualdad, y cuyos efectos eran la libertad, la paz, los servicios recíprocos y el amor.

Antes del estoicismo hubo indudablemente sentimientos y actos humanos; blasfemia contra la Naturaleza sería negarlo. Pero entre los contemporáneos de Alejandro comenzó la idea misma de la humanidad, y no se comprendió hasta entonces que el hombre tiene una dignidad y un valor intrínseco sólo por ser hombre. En el Pórtico nació el derecho humano, el derecho universal.

Al mismo tiempo, llegando a ser universal la moral, se hacía también más personal. El ser humano racional y libre, el ser humano quienquiera que sea, no puede ser tratado como un engranaje en una máquina por industrialmente que se halle construída, es un ser principal, como decían los estoicos, tiene su función propia que desempeñar, y su dignidad es superior a todas las leyes positivas y a todas las constituciones. El estoicismo reprochaba, pues, la esclavitud, no solo porque la esclavitud deprava al que sufre y al que de ella se aprovecha, sino también porque estaba en el espíritu de aquella gran filosofía rechazar todo lo que en las leyes positivas hace más o menos del hombre un instrumento o un simple resorte. La misma ciudad griega, aunque contuviera indudablemente gérmenes de la verdadera libertad, establecía más o menos una ruda y estrecha disciplina, que comprimía ciertas partes de la naturaleza humana para desarrollar otras excesivamente. La ciudad universal, por el contrario, no pedía al hombre sino plenamente ser hombre, porque podía aceptarle por completo. Todas las cualidades y todas las acciones verdaderamente humanas podían hallar su lugar en el estoicismo; y como la libertad individual es mucho menos molestada en las grandes ciudades que en las pequeñas poblaciones, el hombre había de hallarse más a su satisfacción en la extensa ciudad universal de Júpiter que en las democracias más liberales de Grecia. He ahí cómo el estoicismo, a pesar de su rigidez proverbial, aparece como la verdadera escuela de la libertad; porque no exigía más que una sola especie de disciplina, la conformidad voluntaria y completamente interior del ser racional a la razón universal.

En resumen, buscad y escudriñad en los sistemas religiosos y filosóficos de la antigüedad greco-romana o en los de la antigüedad oriental: en parte alguna hallaréis una conciencia tan clara de la unidad y de la dignidad de

nuestra especie. Los estoicos han merecido que Séneca les llamara fundadores de los derechos del género humano. Ellos fueron, en efecto, los primeros que abrazaron en toda su extensión la idea tan fecunda y sencilla de la humanidad.

Alejandro quiso, en su gigantesca empresa, hacer de todo el mundo un imperio, y a pesar de la muerte que tan pronto vino a interrumpir su propósito, a pesar de las guerras que siguieron a sus funerales, a pesar de la desmembración de su conquista, lo logró en parte hasta cierto punto. El estoicismo participa del espíritu universal que animó al conquistador. La audacia de éste se halla en el pensamiento de los filósofos. Zenón también pensó en una república universal, la gran república de las inteligencias y de la razón eterna.

Si Grecia no hubiera sido tan profundamente corrompida por sus sacerdotes y sus sofistas, si hubiera podido salvarse, se hubiera salvado por una doctrina tan alta, enérgica y digna. Por desgracia, Zenón no pudo retener cerca de sí más que un corto número de discípulos, y su voz no tuvo eco hasta después en Roma.

Según una juiciosa observación de Polibio, los verdaderos herederos de Alejandro no fueron los Ptolomeos ni los seleucidas, sino los romanos. El pueblo-rey, inconsciente y como fatalmente, completó la obra del conquistador que sometió los bárbaros a Grecia; reunió casi todo el mundo antiguo bajo un solo dominio, y lo que no había podido Alejandro, fundó un vasto imperio en el que las naciones más diversas se mezclan poco a poco por las ideas y por las leyes para formar en cierto modo el pueblo universal; hecho único en la historia y que tuvo las consecuencias más saludables. Hasta entonces la humanidad había sido incesantemente perturbada por querellas sangrientas; la conquista termina la guerra; las hostilidades se extinguen con las nacionalidades; las separaciones de ideas, de leyes, de



costumbres y de religiones se borra-  
ban en la unidad del imperio; el co-  
mercio, las artes, las ciencias, la filo-  
sofía, en una palabra, todas las fuerzas  
vivas de la civilización pudieron des-  
arrollarse tranquilamente a la sombra  
y en la imponente majestad de la paz  
romana. Como resultado, las ideas de  
Grecia penetraron por todas partes, y  
sometiéndose a ellas el pueblo vence-  
dor, sometieron al universo. Antes,  
por los esfuerzos perseverantes de los  
Ptolomeos y de los selucidias, Egipto  
y Asia habían entrado en el movi-  
miento de la civilización helénica; Ro-  
ma llevó tras de sí Italia y España,  
las Galias y el Africa del Norte. La  
gran teoría estoica recibía al fin un  
principio de realización. Roma acaba-  
ba lo que Grecia había comenzado.

Grecia inventó el estoicismo; Roma  
mostró al mundo todo lo que esta filo-  
sofía contenía de vida y de realidad  
bajo la apariencia algo sofística de  
que la revistieron los sucesores de  
Crisipo y Crisipo mismo.

El espíritu de los romanos, admira-  
ble para adaptarse todo lo que era sus-  
ceptible de aplicación práctica, se  
apoderó con ardor indecible de una  
filosofía que concertaba con tanta  
precisión a sus fieros instintos. Los ju-  
risconsultos la aplicaron a la interpre-  
tación de las leyes nacionales, y los  
más bellos genios de la literatura lati-  
na la adornaron con todos los encan-  
tos del estilo para propagar su gusto  
y su conocimiento. El eclecticismo  
platónico de Cicerón admitió al pue-  
sto de honor, por decirlo así, la moral  
del Pórtico y Séneca fué un puro mo-  
ralista estoico. Hay tratados de Cice-  
rón que no son más que la trascrip-  
ción, bajo una forma más bella y en  
elocuente lenguaje, de los comentarios  
de Panecio y demás discípulos de la  
escuela de Zenón. Séneca tuvo el ho-  
nor de ser el primero en evidenciar  
algunas de las más nobles y fecundas  
consecuencias sociales del estoicismo.  
Por último, el estoicismo pasó a las cos-  
tumbres de cuantos recordaban la liber-  
tad y las antiguas virtudes romanas.

Conviene observar que el genio ro-  
mano no se acomodaba bien a las es-  
peculaciones metafísicas, o más bien  
físicas, sobre las cuales los estoicos  
griegos pretendieron construir el sis-  
tema, donde se concentraban aún, en  
los mismos tiempos del imperio, los  
principales esfuerzos de los herederos  
griegos de Zenón, de Cleanto y de  
Crisipo. Hasta en los escritos de los  
más decididos partidarios de la doc-  
trina, incluso Epitecto y Marco Aure-  
lio, se encuentran multiplicadas prue-  
bas de una especie de indiferencia  
respecto de ciertos problemas agita-  
dos por los genios cuya huella moral  
segufan. La duda sobre muchos pun-  
tos reemplazó en ellos a las afirmacio-  
nes terminantemente aceptadas en el  
Pórtico a título de verdades indiscuti-  
bles y casi de dogmas religiosos y de  
artículos de fe. Desecharon las argu-  
cias en que se complacía la lógica es-  
toica y de que hubieran debido pre-  
servarse los discípulos de Zenón, los  
que poseían verdades morales tan  
grandes, máximas tan ricas en aplica-  
ciones positivas; pero era imposible  
a los griegos sustraerse al eterno de-  
fecto de esta nación disputadora: la  
dialéctica sin objeto y por amor a la  
argumentación.

Epitecto y Marco Aurelio son pro-  
piamente, casi exclusivamente, mora-  
listas. En ellos el estoicismo se redu-  
ce a sus verdaderas proporciones: le  
despojaron con mano valerosa y firme  
de todos los ornamentos superfluos, o  
si se prefiere, de todos los estorbos,  
de todas las superfataciones parásitas.  
De acuerdo con los antiguos maestros  
en los puntos verdaderamente esen-  
ciales, dieron a la doctrina una gran  
libertad de espíritu y la fecunda vir-  
tut de la independencia. En el segun-  
do siglo de nuestra era no podía ya el  
estoicismo hablar el lenguaje que ha-  
bía bastado a los contemporáneos de  
Pirro y de Antígono: había pasado el  
tiempo, y había transformado, por su  
acción insensible, las disposiciones y  
la voluntad de los hombres. La idea  
de la fraternidad humana germinaba

sordamente en el fondo de los corazones: basta abrir a la casualidad los libros de Epicteto y de Marco Aurelio para reconocer la estela luminosa del inmenso progreso moral realizado en tres siglos. La modestia, la humildad, la abnegación con que Epicteto proclama sin cesar la eficacia de la virtud; la ternura expansiva, el amor al prójimo, la adhesión a la felicidad de los hombres, que constituyó a la vez toda la vida y toda la filosofía de Marco Aurelio, parecen de otro mundo si se les compara con las primeras meditaciones estoicas sobre lo que produce la fuerza y dignidad del alma, sobre las relaciones del hombre con sus semejantes. Zenón y los demás maestros del Pórtico negaban el dolor y proscribían la piedad; casi consideraban como crímenes las debilidades del alma, las emociones más dulces y naturales. La Naturaleza ha recobrado sus derechos, en el mismo estoicismo, por Epicteto y por Marco Aurelio. Ya no hay en ellos nada de utópico: el uno ha dictado lecciones que han podido ser la regla de los santos del cristianismo, y el otro, pintándose á sí mismo, ha escrito uno de los más sublimes tratados de moral que se hayan escrito jamás.

Epicteto se concretó al estudio del alma humana, y no ha propuesto otro objeto a sus especulaciones filosóficas que el conocimiento de las reglas que deben guiarnos en la práctica de la vida.

Sus obras son una especie de comentario del espiritualismo platónico: el *Manual*, bajo una forma aforística y despojada de todo aparato científico ó literario; las *Disertaciones*, con más desarrollo, como convenía a un propósito de persuasión. El *Manual* es la substancia y el resumen de la enseñanza de Epicteto; las *Disertaciones* son esa misma enseñanza, tal como la recogió Arrio de labios de su maestro.

Marco Aurelio se acerca más aún al ideal humanitario. Es menos incompleto que Epicteto, hasta más prácti-

co, más realista, más profundamente humano. No es ya un maestro dogmatizante, es un hombre de bien que se da cuenta de todos los pensamientos, de todas sus acciones, y que escudriña, como tiene derecho a hacerlo, en el fondo de su alma. Su libro, más que un libro, es él mismo. El *Manual*, por el cambio de algunas palabras, ha llegado a ser la regla de San Nil y de los solitarios del Monte Sinaí; pero de las reprensiones que Marco Aurelio se dirige a sí mismo, tanto como de las excitaciones que se aplica con la misma franqueza cuando reconoce en sí la señal de alguna debilidad o la esperanza de alguna virtud, no hay quien, cualquiera que sea su condición, no pueda hoy mismo, y mucho mejor que del *Manual*, sacar saludables lecciones, provisiones, como decía la escuela del Pórtico, para el penoso viaje de la vida.

Esa noble filosofía estoica se nos presenta como la moral más completa de la antigüedad. Filosofía de la energía y de la «razón común», fué una escuela de energía viril, de fuerza moral y una escuela de humanidad. Verdad es que la moral que enseña puede parecer dura, altanera, gloriosa y hasta intolerante cuando sólo se ve la superficie; pero la dureza y el orgullo sólo son apariencias accidentales que ocultan el verdadero fondo del estoicismo; porque esa doctrina, según la palabra de Marco Aurelio, es un alma impasible y llena, no obstante, de los más dulces sentimientos para los otros. El fondo del estoicismo es la autonomía y el racionalismo en moral; es el deber razonado y la libertad interior; es la igualdad de todos los hombres y la filantropía; es también la paciencia viril y la dulzura filosófica, impregnadas de piedad excesiva hacia la fortuna y hacia los que nos oprimen. Se ha repetido, sobre la fe de una palabra de Aulu-Gelle, que todo el sistema se reducía a abstenerse y a soportar: de donde se ha deducido que era inútil a la vida común. Aulu-Gelle y todos los que le han seguido han olvidado las

teorías sociales del estoicismo, lo que suele dejarse en la sombra; lo que más importa poner a la luz, lo que conviene conocer mejor en una verdadera historia de la moral, del derecho y de la civilización.

Nunca hasta entonces se presentó doctrina alguna de fondo más humano: tal es el sentir de Séneca y de Montesquieu. Jamás hubo filosofía tan viva y de tan clara conciencia del derecho universal y de la unidad del género humano. La floración de esta grande y fuerte religión humanitaria fué sin duda el hecho más considerable de la historia moral del Occidente,

y quien de ello no se dé cuenta suficiente, sólo se formará una falsa idea de los progresos de la civilización. Ella fué la que reveló al mundo ese principio de unidad, de universalidad, de catolicidad de que, después del Imperio, la Roma papal heredó, y que depurada de todo dogmatismo, de todo misticismo, puesta en su punto, vivificada y fecundada por la ciencia moderna y la evolución natural del alma colectiva hará, en fin, surgir y radiar sobre la tierra, con la libertad y el amor fraternal, la armonía y la paz.

PAÚL GILLE

## La Iglesia y la Masonería

Hete a nuestros buenos electores franceses alistados y regimentados en los diversos partidos políticos: cada uno de ellos, según su situación social, sus tradiciones de familia, la escuela que le educó y el periódico que lee, se declara realista, conservador, liberal, progresista, radical, radical-socialista, socialista independiente o unificado... Todo esto forma muchos partidos, y si todos se ponen a reclamar a la vez la realización de su programa, va a resultar un bonito batiborrillo. Todos los problemas sociales, políticos, económicos, religiosos, etc., van a plantearse simultáneamente. Nadie va a dar pie con bola.

No importa; Durand I, ciudadano rey de Francia, es un buen hombre, pero es un buen espíritu simple. Bien quiere interesarse en el juego de la política, pero a condición de que pueda hacerlo fácilmente, sin fatigarse el cerebro. Es necesario, pues, que intervenga una especie de director para poner orden en la lucha, sacar los actores a la escena, uno después de otro, concentrar toda la atención del público sobre una sola cuestión y cambiar a tiempo las decoraciones.

Para esto los hacendistas disponen de dos máquinas admirablemente organizadas que, distintas de los parti-

dos políticos, les penetran, les escudran y les hacen mover a su antojo.

Estas dos máquinas son la Iglesia católica y la Masonería.

La primera<sup>1</sup> es la más antigua. Cerca de cuarenta mil curas están diseminados sobre todo el territorio francés; no hay una sola aldea sin que tenga por lo menos uno. Este hombre está en contacto constante con la población; más instruido casi siempre que la masa de los habitantes, investido cerca de los devotos de un gran prestigio moral y religioso, no teniendo otra cosa que hacer entre dos misas más que ocuparse de política, es generalmente un agente electoral tanto más influyente cuanto más discreto es su papel.

El programa de los partidos le es indiferente: el cura es realista aquí, más allá republicano, más lejos progresista; hasta los hay que se titulan vagamente socialistas si se trata de conquistar votos obreros. Pero todos obedecen como un solo hombre al Obispo, los cuales obedecen al Papa. Que se trate de una cuestión de cultos, de

<sup>1</sup> Bien entendido que no encaro aquí la Iglesia católica sino bajo su papel político.

Desarrolla también una acción religiosa, moral y social muy poderosa que la hace temible en extremo. Pero se necesitaría todo un libro para describir sus resortes. Me limito aquí a describir su papel en el juego de los partidos.

enseñanza, o hasta de política pura, de sindicalismo inclusive, llega una encíclica de Roma, los obispos la transmiten y comentan, los curas la leen y se impregnan de ella. Los jesuitas y otros monjes inspeccionan el movimiento. Y por todas las parroquias de Francia, en una misma hora, pasa el soplo del Espíritu Santo.

Ahora bien: estos hombres tienen dinero. Con los donativos de los devotos, las rentas de sus muebles e inmuebles y los ingresos que proporciona Lourdes, que equivalen casi a los beneficios del canal de Suez, subvencionan periódicos, sostienen comités y apoyan candidaturas. Tal vez no hay un solo diputado, desde el centro izquierdo hasta la extrema derecha, que no les deba un poco su elección. Penetran, pues, profundamente en todos los partidos conservadores, les tienen bajo una dependencia más o menos disimulada, pueden imponerles una orientación. Esta poderosa marcha influye de hecho, sin que se den cuenta de ello, sobre la opinión de cerca de la mitad de los franceses. Por esto ha desempeñado siempre tan considerable papel en la historia oficial de nuestro país.

Pero la Iglesia católica se había aliado estrechamente a las dinastías caídas. Cuando el partido republicano quiso conquistar el poder, tuvo que apoyarse sobre otra máquina muy semejante: la masonería.

Es una copia exacta de la organización clerical. En toda localidad un poco importante hay una *logia*. Recluta hombres de todas clases y de todos los partidos políticos. Un vago dogma racionalista o positivista forma el *pendant* del dogma católico; una vaga filantropía nos recuerda la no menos vaga caridad cristiana. Esto, para los cándidos. Interiormente hay una fuerte jerarquía de *novicios*, *hermanos*, *maestros* y *venerables*. Casi es una congregación. En fin, reuniendo todas las logias y dominándolas, tenemos el *Gran Oriente*, especie de colegio de cardenales de este Vaticano de la calle Cadet. Periódicamente, un

congreso o concilio asegura el contacto entre el Estado mayor masónico y las logias de la provincia.

Claro está que esta poderosa organización dispone de capitales considerables. Las cotizaciones de sus miembros, los comités Mascuraud y otros y los fondos secretos le permiten constituir una caja electoral. Y como la Iglesia, de ellos se sirve para subvencionar innumerables periódicos y apoyar candidaturas.

Y como la Iglesia también, no se liga a la suerte de un solo partido; apoya con su influencia y su dinero lo mismo a los republicanos moderados que a los radicales socialistas y hasta a los socialistas independientes o unificados; hasta ha hecho un serio esfuerzo para penetrar en el mundo sindicalista y en la Confederación General del Trabajo.

De este modo domina los partidos de la izquierda—como la Iglesia a los de la derecha—y les sirve de regulador.

¿Se trata de apasionar la opinión sobre una cuestión, anticlericalismo, impuesto sobre la renta, republicanización del ejército, etc? El *Gran Oriente* envía un cuestionario a todas las logias: los «venerables» nombran ponentes. En la próxima asamblea de la logia se discute y luego se envía un informe a los «treinta y tres grados» y otras cabezas mitradas del gran comité. Éste centraliza las respuestas y de este modo conoce con exactitud el estado de espíritu de sus tropas.

Una vez conocido, fija su plan de campaña, lanza la orden a todas las logias, las provee de folletos y obras, en las que cada individuo encuentra, sin esfuerzo cerebral, todos los argumentos apropiados. Después los diputados del partido plantean ruidosamente la cuestión en el Parlamento, y todos los pequeños periódicos masónicos, todos los comités afiliados y todos los hermanos y candidatos hacen coro. A los pocos días queda armado un jaleo ensordecedor por todo el país. Naturalmente, la Iglesia se conmueve, el Papa da la señal y la orden contraria, los

curas conspiran discretamente, los comités católicos se agitan y los periódicos polemizan. Y ambos clans llegan a las manos.

Entonces la masa de los buenos electores, al principio aturrida por este ruido, comienza a prestar atención. Arrastrados por la lectura de los periódicos, atraídos y calentados por las reuniones, los obreros pacíficos y los pequeños burgueses indiferentes entran poquito a poco en el juego. Se apasionan en pro o en contra de la libertad de enseñanza, la supremacía del poder civil, la representación proporcional, etc. Por ambos bandos se les grita tan fuerte que de ello depende la salvación de su alma y su felicidad en este mundo y en el otro, que acaban por creerlo.

En el taller, en el seno de la familia, en el café y hasta en el sindicato, no se habla de otra cosa. De golpe y porrazo *olvidan* la única verdadera cuestión seria: la *cuestión social*.

En suma, dos pequeños comités muy cerrados que pueden crear esto que se ha dado en llamar «los grandes movimientos de la opinión pública». El uno es el Gran Oriente, el otro el Colegio de los Obispos dirigidos por Roma.

Sobre estos Estados Mayores actúan más o menos discretamente los hacendistas.

Éstos se han dividido en dos grupos. Mientras el *Crédit Lyonnais*, los grandes industriales y los trusts apoyan con sus abundantes fondos las «obras» católicas, los comités y los periódicos de la derecha y del centro, la *Société Générale* y la *Gran Banca* judía apoyan la masonería y alimentan sus periódicos y sus cajas.

Los hay que encuentran más hábil apoyar a la vez a las dos organizaciones. ¿Acaso no hemos visto, en los papeles Montagnini, al nuncio del Papa especulando sobre la renta francesa

por intermediación de la casa Rothschild? De este modo se está a la vez por el Vaticano y por la masonería y se puede hacer un pequeño juego de báscula eminentemente conservador. Si los curas se vuelven demasiado peligrosos, se les arroja entre piernas todos los hermanos. del «pequeño padre Combes». Pero si victoriosos los masones se disponen a aplastar a sus adversarios, en seguida Rouvier, después Clemenceau, quebrantan su impulso, y Briand, arrojándose en medio de las huestes, las detiene al grito de: «¡Pacificación! ¡pacificación!»

Porque la existencia de estas dos «máquinas» removedoras de opinión es igualmente necesaria al capitalismo conservador. Si no hubiese más que un actor en escena, no habría lucha y por consiguiente no habría drama y la farsa política dejaría de ser interesante.

Ahora bien: es necesario que esta farsa interese para desviar la opinión pública de la única verdadera cuestión seria: la *cuestión social*.

En un país como Francia, en que 11.000.000 de proletarios, obreros y campesinos, pequeños propietarios y comerciantes, están gobernados y explotados por una oligarquía de unos cuantos millares de capitalistas e industriales estrechamente unidos, si los ciudadanos tuviesen una idea clara de sus intereses, formarían un bloque contra la Gran Banca, la grande metalurgia, los reyes de los ferrocarriles, de los azúcares, de los abonos químicos, etc., vigilarían el monstruoso despilfarro de un presupuesto de . . . 4.000.000.000, impondrían un mejor reparto de las riquezas y prepararían una sociedad mejor.

Pero la Iglesia vigila, así como su compadre el Gran Oriente: ambos nos aturden con la neutralidad de la enseñanza, los manuales escolares, las con-

**COMPAÑEROS.**—Si queréis ayudar á la vida y difusión de **Renovación** suscribiros y buscarnos suscriptores. Se puede servir desde el primer número sin aumento de precio. El abono de la suscripción en el extranjero es: **2 dólares al año**. Pago anticipado. En Costa Rica: **1 colón trimestre**.

gregaciones, los cultos y otras tontearías. Gracias a estas dos poderosas organizaciones, hace cuarenta años que la democracia está gastando sus fuerzas en una lucha sin provecho y queda en retardo para las reformas sociales sobre las vecinas monarquías.

He aquí el servicio que estas dos grandes máquinas han prestado a los hacendistas. Hace medio siglo que

desvían el pueblo de los problemas vitales.

¡Arriba, ciudadanos! ¿Estáis en pro o en contra de la escuela libre? ¿en pro o en contra de la libertad de la enseñanza? ¿Qué pensáis de la virginidad de Juana de Arco?—¡Sacristán!—¡Masón!

Y el capitalismo gobierna.

FRANCIS DELAISI

## Aspecto médico-social de las infecciones sexuales en el matrimonio

### II

La «purgación» es considerada como una bagatela. El joven que por primera vez se da cuenta de su presencia una vez pasado el primer momento de enojo, ríe, ríe, porque sus amigos ríen al saberlo. Es, quizá, un jovencito que la ha recogido al hacer sus primeras armas amorosas y es su bautizo de sangre. Como un héroe que ha salido con bien de su herida, fanfarronea. La sífilis es una cosa más seria; el sífilítico que conformado con su suerte y de su enfermedad quiere sacar provecho para una *pose* interesante, toma el aspecto de un escéptico, de hombre desengañado del mundo por exceso de vivir, por aburrimiento de aventuras. El blenorragico no: el blenorragico es un creyente, su corazón rebosa esperanza, su enfermedad le da cartel, y para honrarla, tiene que escoger un gesto altivo, bravucón. De todos modos, en estos últimos tiempos ha variado algo el psiquismo del blenorragico, sobre todo en el gabinete de cura del médico; no ha sido por el conocimiento de los peligros a que su enfermedad le exponía, sino por efecto de los tratamientos modernos—«procedimientos inquisitoriales», como los llamaba un buen compañero de estudios;—las instilaciones de nitrato de plata, los lavados y el masaje de la uretra no son cosa de risa; mientras dura el tenesmo, no se está para gallardías; hasta la idea del arrepenti-

miento se presenta. ¡Pero, bah...! Felizmente dura poco; dentro de un rato se podrá hacer gala de ello entre los amigos. Después de todo, es una bagatela la blenorragia...

Pues no, la blenorragia no es una bagatela. Ella tiene una grandísima importancia. Roussel la coloca junto al alcoholismo, la tuberculosis, la epilepsia, la locura, como prohibitiva del matrimonio; Burr hace lo mismo y también Fournier, Diday, Jullien, Renon y otros, todos los que se han ocupado en estos últimos tiempos de analizarla y estudiar los trastornos que producía.

Para el hombre, la blenorragia no se contenta siempre con producir sólo una uretritis, sino que, propagándose por todo el aparato génito-urinario, puede ocasionar balanitis, foliculitis, complicaciones generalmente poco importantes.

La periuretritis y la cowperitis pueden ya terminar en abscesos, que necesitarán ser incididos para dar salida al pus, exponiendo a la formación de fistulas urinarias de curación difícil. Según Petersen, el 50 por 100 de casos de blenorragia aguda y el 87 por 100 de las crónicas producirán una prostatitis, que en algunos casos revestirá forma aguda con fiebres de 39° a 40°, con grandes sufrimientos y con peligro de muerte, que es frecuente. La cistitis (infección de la vejiga

de la orina) también es una buena compañera de la blenorragia: en el 20 por 100 de casos, según Heissler. Desde la vejiga puede subir por la pelvis renal y llegar hasta el riñón. Puede interesar los órganos de la generación atacando el conducto deferente o las vesículas seminales en un 4 por 100 de veces según Petersen, el epidídimo en el 10 por 100, según Fournier. El gonococo no pasa por estos sitios impunemente sino que hace estéril al atacado, mata la vida en su arca santa.

No acaban aquí sus localizaciones. Con gran facilidad puede trasladarse por cualquier medio—los dedos con más frecuencia—un poco de pus a los ojos y determinar una oftalmía purulenta con pérdida de la visión. Puede generalizarse y producir el reumatismo blenorragico que, según las estadísticas de Grisolle, Besnier, Jullien, se presenta en un 2 a 3 por 100 de casos de blenorragia. Puede atacar al corazón produciendo una endocarditis o una pericarditis o una miocarditis mortales. Puede atacar al riñón por metástasis; puede atacar a las venas; puede producir una muerte súbita, de la cual se han observado varios casos. Invade al sistema nervioso y produce neuralgias, neuritis, meningomielitis; la locura blenorragica ha sido descrita en forma de manía aguda o de estado lipemaniaco. Puede hacer más aún: puede infectar la sangre y producir una septicemia mortal.

Ya ven, pues, cómo la bagatela vuelve por su buen nombre. Veamos ahora cómo entra en el hogar.

Entra en el hogar en forma de blenorragia aguda algunas veces. El recién casado ha querido ántes dar el último adiós a su querida o ha obsequiado a sus amigos con una orgía como digno final de su vida de soltero; en medio de la tristeza de estas despedidas, ha recogido, como tierno recuerdo, una blenorragia aguda. Una vez declarada, no se ha atrevido a demorar la fecha del matrimonio, ha procurado curarse y no lo ha conseguido, ha prometido abstenerse y no se ha abstenido. O no es un recién ca-

sado, sino un viejo marido, que, de vez en cuando echa una cana al aire, o la echa con frecuencia, y en una de sus juergas, el buen hombre es obsequiado con una gonococia. En tan buena compañía la blenorragia aguda penetra en el hogar.

Pero, en la mayoría de los casos, no es en su modalidad aguda como entra a formar parte integrante de la familia, que desde entonces difícilmente abandonará. El recién casado padeció una gonococia mucho tiempo antes de su matrimonio, años quizá; descuidada, pésimamente tratada o con poca constancia, desobedeciendo las prescripciones facultativas a cada momento; se ha hecho crónica, transformándose en una gonorrea—también llamada gota militar.—El microbio acantonado en un fondo de saco glandular—el gonococo de Neisser es uno de los microbios que gozan de mayor vitalidad (Renon)—produce pequeños trastornos subjetivos en el atacado; una ligera gota por la mañana al levantarse, gota que muchas veces desaparece, sólo se hace perceptible a la prueba de los vasos por sus filamentos en la orina. Si se analiza en el microscopio esta gota de pus, en muchos casos no se encuentra microbio específico alguno; cuando no, es muy difícil hallarlo. En todo eso puede consistir la blenorrea. Pero no hay que fiarse, es el enemigo más terrible, porque está oculto, nos engaña; en su estado de latencia guarda toda la fuerza morbosa de su forma aguda: en este estado puede producir todos aquellos trastornos que antes he enumerado; pero si esto no fuera bastante, allá donde espera demostrar principalmente su magnífico poder es como regalo de bodas. Es la mujer que por primera vez, ha sido entregada al blenorreico, en donde, galante, querrá demostrar toda su pujanza.

No data de muchos años el conocimiento de la importancia que la blenorragia crónica del marido tiene para la mujer. Cuando Næggerat por vez primera denunció sus efectos, los mismos médicos se burlaron de él. El

microscopio, más tarde, ha dado la razón a Nøggerat. La observación clínica y el laboratorio han ido atesorando una rica documentación, y hoy la blenorragia ocupa el lugar más proeminente en la etiología de las enfermedades de la mujer. «Es la gonorrea latente del marido, que se ha transmitido a la joven esposa en forma ya aguda, ya crónica», dijo Nøggerat, y, desde entonces, como un eco, han ido repitiendo las mismas palabras todos los ginecólogos, todos los médicos que se han ocupado de este punto.

El caso es frecuente. Durante el viaje de bodas la recién casada comienza a sentir un malestar, a quejarse de dolores en el bajo vientre, tiene flujo. Al volver de su viaje y consultar el caso a las mujeres viejas de su familia, se atribuye el hecho a la violencia de las primeras relaciones sexuales. Puede quedar todo en un estado de latencia; la señora continúa quejándose, encontrándose mal, haciendo los menores esfuerzos con mala gana, buscando constantemente el sofá o la mecedora, padeciendo de tristeza, de mal humor; ella que era antes trabajadora, alegre, cariñosa; ella, que antes era hermosa, se marchita, envejece, se afea. «El estado de matrimonio no le prueba», dicen las buenas comadres. El mal humor de la señora ahuyenta al marido del hogar. «*Bon marrit, la muller sana*», dice un refrán catalán; el buen hombre siente añoranza de sus amigos, de su vida de soltero, se arrepiente a cada momento de haberse casado y con quien se ha casado. Este estado dura hasta que un día, por una causa cualquiera, frecuentemente por un parto, por un aborto, la blenorragia reviste el carácter de aguda, determinando, quizá, uno de los gravísimos trastornos de que luego nos ocuparemos.

Pueden, las cosas, no seguir este camino. La mujer, por las lesiones producidas por el gonococo, es estéril o lo es el marido. El microbio lentamente va obrando, y más tarde, cuando un día quiere seriamente cuidarse de su enfermedad, que se ha hecho

insoportable, se encuentra con graves lesiones orgánicas.

O no reviste los caracteres de latencia, sino que, desde los primeros momentos, se presenta con una gran agudeza patológica, y aquellos trastornos que en otros casos paulatinamente van avanzando, se manifiestan en seguida con extremada violencia. «Los progresos (de la blenorragia), dice Jullien, pueden avanzar aprisa, el médico se encuentra alguna vez sorprendido de observar invasiones por el lado del endometrio y de las trompas, que, en menos de un mes, después del matrimonio, se ven transformadas en bolsas purulentas, salientes en los fondos de saco y que fuerzan a la intervención bajo la amenaza de peritonitis».

Ningún sitio de los órganos genitourinarios es respetado por la gonococia. En la gran mayoría de casos determina una uretritis; en primer lugar, en el orden de frecuencia, de sus localizaciones la coloca Jadasshon; el segundo lugar, después de las metritis, le concede Balzer. Determinará una vulvitis raramente aislada. Invade e inflama las glándulas de Bartholino. Pero allá donde se localiza con gran frecuencia, es en el cuello del útero; según Doderlein, el moco del cuello tiene una acción microbicida sobre el estafilococo y el estreptococo, pero no sobre el gonococo; cerea del 48 por 100 de veces lo encuentra Welander en el cuello. Del cuello pasa al cuerpo, determinando una metritis.

Invade también los anexos. Anunciado por Nøggerat, comprobado por Westermarck, se ha visto que la inmensa mayoría de salpingitis son debidas al gonococo: en un 90 por 100 fija su proporción Sanger; las dos terceras partes le concede Fargas, parecidas cifras dan Whitte, Wertheim, Hartmann, Morax, Menge; todos colocan al gonococo en el lugar más proeminente en la determinación de salpingitis. Wertheim y Bumm atribuyen a su acción la presencia de ovariitis, e igualmente puede ocasionar pelviperitonitis y pelvicolulitis.

Todos estos trastornos son impor-



tantes, algunos de ellos gravísimos, llevando aparejado el peligro de muerte, obligando a operaciones quirúrgicas graves, determinando trastornos funcionales, no sólo en la esfera de los órganos genitales de la mujer, sino también por acción refleja en otros aparatos, como el digestivo, el nervioso, etc. Determinarán la esterilidad en la mayoría de casos: «el 90 por 100 de mujeres estériles tienen por maridos a hombres que en una época de su vida han padecido la blenorrea», dice Nœggerat. Produciendo la pérdida del epitelio vibrátil de las trompas, el gonococo prepara el terreno para el embarazo extrauterino, gravísimo trastorno que puede ocasionar la muerte si no se ha intervenido a tiempo. Latente en cualquier parte del aparato genital, con motivo de un parto se despertará su virulencia, y solo o acompañado de otros microbios, como el estafilococo, el estreptococo, ocasionará una infección puerperal que matará a la enferma; muchos son los casos de esta índole que la clínica ha demostrado y más aún los que han pasado y pasan desapercibidos.

No acaban aquí los trastornos que puede ocasionar. Como en el hombre, no se contenta con atacar a los órganos que inmediatamente están en relación de continuidad o contigüidad con un foco morbosos, sino que, por metástasis, por traslado a distancia, puede invadir otros órganos. Así puede producir el reumatismo blenorragico. Jullien cita dos casos de recién casadas que durante el viaje de bodas fueron atacadas, una de coxalgia y la otra de artritis subaguda de la rodilla izquierda que obligó a inmovilizar la articulación para siempre; tanto en la una como en la otra eran debidas a la blenorragia del marido. Puede atacar al corazón y al riñón y a las venas y arterias y a los centros nerviosos y a los centros psíquicos y a la sangre.

Persiguirá a los hijos impíamente, si es que los permite tener. No los matará como la sífilis; pero más cruel que la muerte misma los hará ciegos. Al abrir los ojos por vez primera a la vi-

da, el tierno infante habrá ya recogido en ellos un poco del pus existente en los genitales de su madre, y aquel pus, en dos, tres, cuatro días, le destruirá el aparato de la visión para siempre. El 50 por 100 de niños ciegos, según Bumm, es debido a la gonococia de la madre; Renon da cifras más espantables aún: «en 1,000 ciegos, 800 son ciegos de nacimiento y su ceguera es debida a la blenorragia».

No sólo se puede propagar la blenorragia por vía genital, sino que también se propaga por otros medios: dedos sucios, trapos, esponjas, water-closets, etc. Suchard y Skutzche narran epidemias entre niñas, producidas por piscinas y bañeras mal limpiadas; Jullien observó una oftalmía purulenta producida por el gonococo en un hombre, debida a haber tomado un baño en una bañera en donde había estado antes un blenorragico. Puede dar lugar a casos como el presentado por Dufour en la Sociedad de Medicina Legal de París, en el cual una niña que presentaba una vulvitis blenorragica, hizo que se acusara a un vecino de estupro, y después de las averiguaciones judiciales, se comprobó que era debida a su padre: su tierna hija se había contaminado con las sábanas de la cama de sus padres, en donde tenía por costumbre trasladarse todas las mañanas.

Ya ven, pues, si sobraba razón al recabar para la blenorragia un lugar proeminente en mi conferencia. Ya en su forma aguda, y sobre todo en su modalidad crónica, entra perfectamente dentro de estas enfermedades, que por su gravedad y por su extensión hemos llamado enfermedades sociales. Más perniciosos son sus efectos, porque puede ser mucho tiempo despreciada por la ínfima importancia subjetiva de sus síntomas, ignorada quizá, pero en su estado latente espera con paciencia el momento propicio para presentarse: «el enemigo latente cien veces más terrible que la sífilis», exclama Jullien. Enferma al individuo, porque la blenorragia, contagiada su esposa, retornará a él corregida y au-

mentada, ya que en estos pasajes el gonococo aumenta su virulencia. Enferma al matrimonio, porque, aunque la víctima inocente desconozca el origen de sus males, el estado anormal en que la coloca su dolencia es fuente de tristeza, de mal humor, apatía, fealdad y odio a su marido, ya que muchos de los trastornos que produce en la mujer, hacen que el acto sexual le sea doloroso en extremo y lo tema y lo rehuya. Se priva también con fre-

cuencia del hijo, la santa esperanza del amor. Enferma a la sociedad produciéndole una multitud de seres inútiles para siempre con la ceguera. He aquí lo que puede producir aquella bagatela de que orgullosamente hace gala entre sus amigos el jovencito que por primera vez la padece, que el viejo teherío cuenta las veces que la ha padecido como heridas honrosas recibidas en noble batalla.

Dr. J. AGUDÉ MIRÓ

## De cara a la tempestad...

Al doblar el cabo, por sobre la masa informe y rugiente de las olas cruzó un jirón de viento huracanado que imprimió violento vaivén al barco.

En la costa las olas chocaban furiosamente contra los peñones y dejaban morriente de espuma sobre los picachos.

Una nueva corriente más recia que la primera batió contra el costado del barco, y entonces el vaivén se produjo más violento.

En lo alto, desde una barricada formada de nubes densas y negras, el trueno formulaba ante el mar bélicas proclamas suscribiéndolas con rúbricas

de fuego trazadas en el espacio. En seguida la tempestad apareció con toda su pompa.

El miedo había barrido los corredores y pasillos del barco, y el silencio mantenía su índice sobre el pensamiento acurrucado de toda la tripulación.

De pronto dominando el conjunto, se escuchó el acento viril de un canto.

Un lejano relámpago iluminó la proa y, en pie junto a la barandilla, la melena al viento, con un canto de amor en los labios, se advirtió sonriente la silueta de un joven marino de cara a la tempestad... — RUBÉN COTO.

## NOTA

Uno de nuestros mejores colaboradores escribe a los Editores de RENOVACIÓN:

«Por qué suprimieron el título general de *contribución ajena*? No comprendieron mi intención, consistente en hacer ver que hay toda una literatura burguesa que afirma y corrobora la ácrata. Ahora el lector tomará todas las firmas por pertenecientes a una misma escuela. En fin, cada cual se las entiende a su modo y no tengo tiempo ni tengo humor para hacer comprender mejor esto.

«Les aprecia a pesar de todo

J. P.»

Barcelona, 30 agosto 1912.

Respondemos:

Habiéndonos encargado de la direc-

ción general de esta revista desde el día 30 de abril último, hemos suprimido en ella títulos y clasificaciones que de veras no comprendemos. «Cada cual se las entiende a su modo» y nosotros no sabemos qué es eso de «literatura burguesa» y «literatura ácrata», ni es la suerte que corran las firmas de los autores lo que más nos importa. No pertenecemos a ninguna escuela. Estamos fuera de todas las manadas. Para la publicación de un artículo original o de una simple reproducción, no exigimos siquiera que haya conformidad de ideas con las nuestras. Cierta propiedad en el lenguaje, valentía, buenas intenciones, despreocupación política y religiosa, no pedimos más.

ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS

# BIBLIOTECA DOMENECH

## NOVELAS INÉDITAS

originales de los principales autores ESPAÑOLES y AMERICANOS

alternadas con

LAS MEJORES PRODUCCIONES LITERARIAS del Extranjero

Tomos lujosamente encuadernados de 225 á 300 páginas

**A cuatro reales tomo**

### OBRAS PUBLICADAS

**Almas anónimas**, Eduardo Marquina.

**Manzana de Anís**, Francis Jammes.

**El caso Leavenworth**, esta obra consta de dos tomos, A. K. Green.

**Jacobé**, Joaquín Ruyra.

**Zalacain el aventurero**, Pío Baroja.

**Juventud de Príncipe**, W. M. Forster.

**Tom Sawyer**, *detective*, Mark Twain.

**El amor catedrático**, G. Martínez Sierra.

**La enjuta**, Víctor Catalá.

**Dios salve á la Reina!**, Allen Upward.

**La bella dormía en el bosque...**, François de Nion.

**Rebeldía**, Joaquín Dicenta.

**El señor de Halleborg**, A. Hedenstjerna.

**Casa por alquilar**, Carlos Dickens.

**Minnie**, Andrés Lichtenberger.

**El dragón de fuego**, Jacinto Benavente.

**Boda oficial**, R. H. Savage.

**Rey en la tumba**, Anthony Hope.

**Fausto**, Ivan Turgueneff.

**El silencio**, Eduardo Rod.

**Jerusalén en Dalecarlia**, S. Lagerlof.

**Historias de locos**, Miguel Sawa.

**Kolstomero**, León Tolstoi.

**Ernestina**, Prudencio Bertrana.

**El hurto sabroso**, novela árabe, traducida por José Carner.

**Apuntes de un desconocido**, 2 tomos, Fedor Dostoyewsky.

**Las cerezas del cementerio**, G. Miró.

**El espada Montes**, Frank Harris.

**La voz de las campanas**, C. Dickens.

**Nerto**, Federico Mistral.

**El lunar**, Alfredo de Musset.

**Ansias de vida**, Luis Q. Huertos.

**El cadaver viviente**, León Tolstoi.

**Nuestras hermanas**, Henri Lavedán.

**¿Culpable?**, W. Le Queux.

**Su Majestad**, Henri Lavedán.

**El reflujo**, R. L. Stevenson.

**María**, Jorge Isaacs.

### EN PRENSA

**Por la vida**, J. Pous y Pagés.

**Las Rocas Blancas**, Eduardo Rod.

**Las dos vidas**, Eduardo Marquina.

**La puñalada**, Marián Vayreda.

Se atienden órdenes por correo si van acompañadas del importe

AGENTES EN CENTRO AMERICA:

**Ricardo Falcó M. y José María Zeledón**

73 Avenida, Este, 247. — Apartado 638, SAN JOSE, COSTA RICA

### OBRAS NUEVAS

Nuestras hermanas — ¿Culpable? — Su Majestad — El reflujo

**MARIA**

# ALMACÉN DE VÍVERES

Tejidos de todas clases,  
Vinos, Licores, Ferretería, Perfumería, etc., etc.

Todo exclusivamente por mayor

## La Alhambra

Esta casa no tiene sucursales  
**PAGÉS Y COMPAÑÍA**

### En la Sociedad de Agencias Editoriales DE FALCO & ZELEDÓN

Están á la venta las siguientes importantes obras:

#### Un drama bajo Napoleón I

por A. CONAN DOYLE. Un tomo en rústica: ₡ 0.50.

#### El misterio de Clomber

por A. CONAN DOYLE. Un tomo en rústica: ₡ 0.50.

#### Varias Historias

por MACHADO DE ASSIS. Un tomo empastado: ₡ 1.00.

#### A bordo y en tierra

por FENIMORE COOPER. Dos tomos empastados: ₡ 2.00.

#### La gloria de don Ramiro

por ENRIQUE R. LARRETA. Un tomo empastado: ₡ 1.50.

#### Brazo y Cerebro

Revista sociológica ilustrada. Número suelto: ₡ 0.30.

#### Album Renovación

Tenemos en venta interesantes tarjetas postales fotográficas, con retratos de hombres célebres. Cada serie vale 2 colones y consta de 10 tarjetas. Está ya lista la primera serie: Reclus, Zola, Ferrer, Lorenzo, Michel, Bakunin, Faure, Gori, Hamon, Ugarte.—Los pedidos deben ir acompañados del importe. Extranjero: 1 dolar oro americano.

#### Vida anarquista

por ANSELMO LORENZO. Un tomo en rústica: ₡ 0.50.

#### Coeducación

por LAUREANO D'ORE. Conferencia: ₡ 0.20.

#### Entre campesinos

por ENRIQUE MALATESTA. Folleto comunista: ₡ 0.20.